

Margarita Delgado Pérez*

LA EVOLUCIÓN DEMOGRÁFICA DE ESPAÑA EN EL CONTEXTO INTERNACIONAL

Actualmente, se estima que la población mundial comprende 6.314 millones, de los cuales el 81 por 100 vive en los llamados países menos desarrollados. Las previsiones de evolución al horizonte de 2025 muestran que se alcanzarán los 7.907 millones, pero que los crecimientos serán muy desiguales, ya que el aumento en el conjunto de los países desarrollados será sólo del 4,8 por 100 y en los menos desarrollados del 30 por 100. Este proceso conlleva que, en términos relativos, la población del Tercer Mundo adquirirá mayor peso en el total mundial.

Palabras clave: población, crecimiento demográfico, mortalidad, fecundidad, nivel educativo, países desarrollados, países en desarrollo.

Clasificación JEL: J1

1. La evolución demográfica de España en el contexto internacional

Cuando se observa la evolución de la población mundial con una perspectiva de varios siglos, se aprecia un punto de inflexión en el crecimiento a mediados del siglo XVIII, fecha a partir de la cual la tasa de incremento ha sido extraordinaria respecto a épocas precedentes. Desde comienzos de la Era Cristiana hasta 1750 se estima que la población crecía aproximadamente a un promedio anual del 0,06 por 100 (Livi Bacci, 1990), pero a partir de ese momento la tasa se incrementó hasta mul-

tiplicarse por diez para el período 1750-1950 (0,6 por 100 anual), si bien hay que hacer notar que en modo alguno los ciclos fueron ininterrumpidamente de signo expansivo, sino que se produjeron alternativamente etapas de crecimiento seguidas de otras de estancamiento y de descenso. El paso desde bajas tasas de crecimiento a tasas más elevadas es lo que se denomina «el crecimiento moderno de la población», propiciado en un primer momento por el descenso de la mortalidad, derivada de las mejoras en la nutrición (McKeown, 1978).

Aunque no hay que dejar de lado las migraciones, el potencial de crecimiento de una población depende fundamentalmente de la mortalidad y de la fecundidad, pero éstas pueden combinarse de muy distinta forma. Por ejemplo, en las sociedades subdesarrolladas ambas variables muestran valores elevados, mientras que en los países desarrollados se encuentran en niveles bajos, pero tanto en uno como en otro caso el resultado

* Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Este trabajo se ha realizado en el marco de los resultados del proyecto «Familia y trabajo: ¿dos aspectos conciliables o irreconciliables en la sociedad española?», financiado por el Plan Nacional de I+D+i, referencia SEC 2002-01092.

es una baja tasa de crecimiento. Existen, sin embargo, situaciones intermedias, con otras posibles combinaciones. Simplificando, los modelos teóricos pueden ser tres, como ilustra el Cuadro 1. El modelo I correspondería a una situación pretransicional, caracterizada por el «desorden» debido a la alta mortalidad (Livi Bacci, 1988); el II constituiría la primera fase de la transición demográfica, en la cual se habría producido el más importante crecimiento de la población —por la diferencia entre fecundidad y mortalidad—, mientras que en el tercero, siguiendo con la terminología de Livi Bacci, se habría culminado el paso desde el desorden al orden y a la eficiencia desde el punto de vista demográfico.

Este esquema ilustra bastante bien las fases de la transición demográfica para aquellos países que la han experimentado y, además, permite comprender mejor la situación actual de los que todavía no la han completado, como es en la actualidad el caso de los países subdesarrollados, que, con alta fecundidad y baja mortalidad, se enfrentan a elevadas tasas de crecimiento, rasgos característicos del modelo II. Aunque el objeto de este trabajo no es discutir las fases de la transición demográfica ni los factores que la hicieron posible —para lo que se cuenta con abundantísima bibliografía¹—, ha parecido oportuno hacer estas reflexiones como introducción y, principalmente, como marco interpretativo de las tendencias actuales de los diferentes espacios que se van a analizar, los cuales se encuentran en fases diferentes de la transición: dentro del contexto mundial, la mayor parte de los países se encuentran en plena transición, otros recién culminada, mientras que gran parte de los desarrollados han entrado en lo que se denomina segunda transición.

¹ En primer lugar, el libro con las conclusiones del Proyecto Europeo de Fecundidad de Princeton que, a través de diversas contribuciones, analiza la transición en Europa (COALE y WATKINS, 1986). También DÍEZ NICOLÁS (1971); CIPOLLA (1978); MACKEOWN (1978); ARANGO (1980); LESTHAEGHE (1983); VAN DE KÁA (1987); LIVI BACCI (1988); KIRK (1996); BONGAARTS y BULATAO (1999); BONGAARTS (2001), por citar sólo algunos.

CUADRO 1
MODELOS DE CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN

	Modelos teóricos			Situación actual (2002-2005) *	
	I	II	III	Países sub-desarrollados	Países desarrollados
Fecundidad	Alta	Alta	Baja	Alta	Baja
Mortalidad	Alta	Baja	Baja	Baja	Baja
Incremento	Nulo	Alto	Nulo	Elevado	Bajo
r (% incremento)	0	1,5	0	1,5-2,5 **	0,2

NOTAS: * Estimada. ** Se distingue entre menos desarrollados (1,5) y menos adelantados (2,5).

FUENTE: LIVI BACCI (1988), UNFPA, 2002.

2. El contexto mundial en el presente

Si la distribución de la población sobre el planeta, históricamente ha distado mucho de ser homogénea —como tampoco lo han sido las tasas de crecimiento—, en este aspecto la actualidad también es muy heterogénea. El volumen de seres humanos que en el presente habitamos la Tierra se estima en 6.314 millones, de los cuales el 81 por 100 vive en los llamados países menos desarrollados (Cuadro 2). Por continentes, Asia agrupa casi el 61 por 100 del total mundial, seguido de América (13,7 por 100 entre el Norte y el Sur) y muy de cerca por África (13,6 por 100). Con el 11,5 por 100 de la población se sitúa Europa, mientras que a Oceanía le corresponde el 0,51 por 100. Las previsiones de evolución a un horizonte no demasiado lejano —el 2025— muestran una nueva recomposición en términos relativos. El total mundial se estima que alcanzará 7.907 millones, pero los crecimientos serán muy desiguales. Así, a tenor de las previsiones, mientras la población mundial habrá aumentado un 25,2 por 100, este aumento en el conjunto de los países desarrollados será sólo del 4,8 por 100 y en los subdesarrollados del 30 por 100. Este proceso

CUADRO 2

INDICADORES DE LA POBLACIÓN EN EL MUNDO, 2003

	Población (en millones)		C.V. (%)	I.S.F. (3)	Esperanza de vida		Pobl. (%) 15-49 con SIDA (4)	Índice de prevalencia de anticonceptivos		Grupos de edad (%)	
	2003 (1)	2025 (2)			Hombres	Mujeres		Todos	Modernos	< 15	65+
Mundo	6.314	7.907	1,3	2,8	65	69	1,2	59	53	30	7
Más desarrollados	1.202	1.260	0,1	1,5	72	79	0,4	68	57	18	15
Menos desarrollados	5.112	6.647	1,6	3,1	63	66	1,4	57	52	33	5
África	861	1.289	2,4	5,2	51	53	6,5	26	20	42	3
América del Norte	323	387	0,5	2,0	75	80	0,6	76	72	21	13
América Latina/Caribe	540	690	1,7	2,7	68	74	0,7	70	62	32	6
Oceanía	32	42	1,1	2,4	72	77	0,2	60	57	25	10
Asia	3.830	4.776	1,3	2,6	66	69	0,4	63	57	30	6
Europa	727	722	-0,2	1,4	70	78	0,4	67	51	17	15

NOTAS:

(1) Se trata de estimaciones basadas en los últimos censos y a partir de datos oficiales nacionales.

(2) Proyecciones de United Nations o United States Census Bureau o Population Reference Bureau.

(3) Para los países desarrollados la fecha de referencia es 2001 ó 2002. Para el resto, finales de los 90 o principios 2000.

(4) Finales de 2001.

FUENTE: POPULATION REFERENCE BUREAU (2003), *World Population Data Sheet*.

conllevará que, en términos relativos, la población del Tercer Mundo adquirirá mayor peso en el total mundial.

Por continentes, el mayor crecimiento lo experimentará África, que aumenta su población casi un 50 por 100, pese al descenso que se producirá en la zona sur (-18 por 100), debido principalmente a la influencia del SIDA; con todo, incrementa su peso en el total mundial. La población de América del Norte crecerá en unos 64 millones, lo que representa cerca del 20 por 100, pero su importancia relativa se reduce ligeramente. América Latina y el Caribe aumentarán sus efectivos en un 27,8 por 100, pero apenas variará su contribución al total. Algo similar le ocurrirá a Oceanía. Asia, por otro lado, incrementará su población en un 24,7 por 100, con diferencias importantes por áreas, ya que China crecerá a un ritmo sensiblemente menor de lo que lo hará la zona

Sur —que incluye India— donde el aumento será incluso mayor que en África (51 por 100). No obstante, Asia mantiene en términos relativos su peso, en torno al 60 por 100. La gran excepción a estas tendencias será Europa, donde la población disminuirá ligeramente (-0,7 por 100) en términos absolutos, pero su peso relativo pasará del 11,5 por 100 en 2003 al 9,1 por 100 en 2025. Ello será debido a que el Este, la zona con más volumen de población, reducirá sus efectivos, y el resto de las áreas experimentarán tímidos aumentos que no lograrán contrarrestar el descenso del Este. En resumen, en cifras absolutas, sólo Europa perderá algo de población, pero sobre todo, será la que más peso perderá en el total mundial, en favor principalmente de África, ya que las variaciones relativas en el resto de los continentes son de menor entidad.

Desde el punto de vista demográfico, las causas próximas de esta evolución hay que buscarlas en la combinación de los niveles de la mortalidad y la fecundidad, pues como muestra el porcentaje de crecimiento vegetativo, el mayor incremento se aprecia en África, mientras que Europa acusa valores negativos. No obstante, de la atenta observación del cuadro, cabe deducir que el factor más determinante es la fecundidad. Si se toma como medida sintética de la mortalidad la esperanza de vida al nacimiento, se observa que las menores expectativas de vida corresponden a África, donde sus habitantes vivirán como promedio poco más de 50 años, situación que contrasta con América del Norte, donde el promedio está entre 75 y 80 años según se consideren hombres o mujeres respectivamente; incluso caben comparaciones con los 70 y 78 años en Europa ². Sucede que es en África donde se registra la tasa de fecundidad más elevada de todos los continentes (5,2 hijos por mujer), que casi dobla la de sus inmediatos seguidores: América Latina y Asia, con 2,7 y 2,6 respectivamente. A ello se suma, como factor de gran relevancia, que en África se observa la estructura por edades de la población más joven de todo el planeta, como muestran los indicadores de porcentaje de población menor de 15 años y mayor de 65, lo que tiene como consecuencia un volumen de nacimientos anuales de tal entidad, que representan un extraordinario alimento para la base de la pirámide, la cual, aunque con muchas bajas por arriba, sigue aumentando sus efectivos a un ritmo acelerado. Eso no ocurre en igual medida en otros continentes, que, aunque con menor mortalidad y, por eso, con menores pérdidas de efectivos, no equilibran la menor aportación de nacimientos. La fecundidad es hoy el principal factor que determina el crecimiento, y el caso de África es un buen ejemplo de ello, pese a la elevada mortalidad general y, específicamente, la debida al

² La cifra para Europa, inferior a la de América del Norte, se debe a que la arrastran a la baja los valores de Europa del Este, pues de otro modo sería incluso superior a la de Norteamérica.

SIDA, que ha atenuado de manera notable la tasa de crecimiento ³.

La alta fecundidad del continente africano se explica principalmente por la juventud en el calendario de su maternidad y porque acusa la tasa más baja de prevalencia de anticonceptivos, ya se considere el conjunto de ellos o los denominados modernos. De nuevo, no tiene comparación con lo que ocurre en ningún otro continente respecto a este indicador. Y esto conlleva que el tiempo de exposición al riesgo de embarazo de estas mujeres a lo largo de su vida fértil es sensiblemente más largo que el de las que utilizan anticonceptivos. Se estima que un aumento de los intervalos intergenésicos —entre tres y cinco años de espaciamiento entre nacimientos— sería muy beneficioso para la salud de las madres y de los hijos y haría disminuir tanto la mortalidad materna como la infantil (Population Information Program, 2002). Pues bien, la proporción de mujeres que, en edad fértil, tienen intervalos intergenésicos inferiores a tres años es del 70 por 100 en Uganda y está por encima del 60 por 100 en muchos otros países de África; se les pueden acercar algunos de Centroamérica o ciertas repúblicas de Europa oriental, pero, en líneas generales, estos porcentajes en otros países del Tercer Mundo se encuentran más próximos a valores en torno al 55 por 100 como promedio. Pese a los factores desfavorables que se derivan de la cortedad de los intervalos intergenésicos —tanto en términos de mortalidad materna como infantil— la alta tasa de fecundidad deviene un alto crecimiento vegetativo, por lo que, tal como se ha afirmado, explica que África sea el continente donde la población aumenta a mayor ritmo. Además, es un proceso que se retroalimenta, pues rejuvenece la pirámide, con lo que la

³ La incidencia del SIDA es de tal magnitud, que incluso ya se calculan los años que resta a la esperanza de vida en los países más afectados por la epidemia. Entre 2000 y 2005, las reducciones son de 34 años para Zimbabue y de 28 para las poblaciones de Botswana y Swaziland, lo que representa más del 40 por 100 de su esperanza de vida. Entre el 2010 y el 2015 se estima que perderán cerca de 40 años, con porcentajes superiores al 50 por 100. Son cifras sin parangón en cualquier otra área del mundo, pues salvo en Haití (10 años), las pérdidas en años de esperanza de vida no sobrepasan los dos dígitos entre 2000 y 2005 en ningún otro país (UNITED NATIONS, 2003a).

«inercia» demográfica de esa población es muy elevada. Por el contrario, otras áreas con tasas inferiores de mortalidad, que se reflejan en esperanzas de vida sensiblemente superiores —como es el caso de los países desarrollados— presentan un potencial menor, debido, no sólo a tasas de fecundidad inferiores, sino a su composición por edades, por lo que, aunque de manera instantánea, aumentasen la tasa, no alcanzarían el potencial de crecimiento de África. En la estructura por edades de una población se observa la huella de los fenómenos pasados y, así, los países desarrollados acusan los muchos años previos con una fecundidad más reducida, junto con el mayor promedio de años vividos por las generaciones.

El curso que sigue una población y, especialmente, el ritmo de crecimiento, viene determinado por los niveles y la evolución de ciertas variables demográficas, tales como la mortalidad y la fecundidad, como aquí se ha intentado mostrar ⁴. Pero éstas no son más que manifestaciones de las causas últimas, las cuales hay que identificar a través de variables de otra naturaleza. Así, conviene poner de relieve que lo que está determinando el concreto devenir de la población y sus diferencias de evolución, son las distintas condiciones socioeconómicas de los países. El contexto social marca la demografía en todos sus aspectos y, por eso, el grado de desarrollo está íntimamente ligado al curso de la evolución demográfica. Para estudiar esas asociaciones pueden utilizarse diversos indicadores, desde el Producto Interior Bruto por habitante, hasta el consumo de energía, pasando por otros muchos. Pero en este contexto ha parecido más interesante fijarse en la educación.

El nivel educativo de una población, aunque no pueda considerarse un indicador sintético del grado de desarrollo, sí es un buen reflejo del mismo, además de ser

uno en los que de manera más clara y directa se aprecian conexiones con las variables demográficas. En este sentido, a nivel agregado, los países con más alta fecundidad y mortalidad son los que registran tasas más elevadas de analfabetismo y menor proporción de población con estudios secundarios y superiores. Si se considera la mortalidad en particular, en el caso de los países menos desarrollados, el grado de instrucción de su población y, más específicamente, el de las mujeres, se aprecia que está fuertemente asociado a los niveles de mortalidad infantil y juvenil (United Nations, 2003b). Pero no sólo se aprecia tal asociación en las zonas menos desarrolladas; en Europa, las diferencias son relativamente pequeñas en los países nórdicos (con la excepción de Finlandia), pero en Reino Unido, Italia y Francia, las diferencias por nivel educativo resultan de mayor entidad. De igual modo, respecto a la mortalidad por SIDA, y también a la debida a enfermedades cardiovasculares, se estima que la mejora de la educación es una eficaz y esencial medida preventiva, con resultados concretos en la esperanza de vida de la población. Así, «tanto para niños como para adultos, las mejoras en la educación se asocian con significativas mejoras en la salud, la mortalidad y mayor longevidad» (United Nations, 2003b:39).

Por lo que hace a la fecundidad, las evidencias de la asociación entre nivel de instrucción y promedio de hijos son aún mayores, si cabe (Federici *et al.*, 1993; Jejeebhoy, 1995; Bongaarts, 2003). Esta influencia se percibe a través de diferentes variables intermedias que actúan sobre la fecundidad, como son la edad de inicio de la actividad sexual, la edad a la que se tiene la primera unión y el uso de anticonceptivos. Como consecuencia, en función de las anteriores se aprecian notables diferencias en la edad a la que se comienza la reproducción y de ahí, la descendencia observada. Pero esas variables intermedias varían en función del nivel educativo. Datos procedentes de las Encuestas de Demografía y Salud muestran que, en África, en 1998, en el grupo de 20-24 años el porcentaje de mujeres que ya habían sido madres era del 67 por 100 entre las que no tenían estudios,

⁴ Se han dejado de lado las migraciones en este análisis, por las dificultades que representa manejar datos tan agregados por continentes y, así, no se hace mención de las mismas, asumiendo los volúmenes de población estimados por Naciones Unidas, donde este componente ya ha sido tomado en cuenta «en la medida en que es posible» (POPULATION REFERENCE BUREAU, 2003:11).

del 57 por 100 entre las que tenían estudios primarios y del 27 por 100 entre las que tenían educación secundaria o superior. Las mismas cifras para América Latina y el Caribe eran, respectivamente, 65 por 100, 55 por 100 y 24 por 100 (United Nations, 2003b). Así, el Fondo de Población de Naciones Unidas (2003:9), en su informe anual sobre la población mundial, al referirse a la tasa de fecundidad señala que «las mayores diferencias dentro de una misma región ocurren en África, el Asia occidental y América Latina y el Caribe, donde las mujeres que tienen educación secundaria o superior tienen en promedio tres hijos menos que las que carecen de estudios».

También se aprecian diferencias en los países desarrollados, en los que tanto la edad de inicio de la actividad sexual, como la edad a la formación de la primera pareja y a la primera maternidad son más altas entre las mujeres con mayor nivel de instrucción. Asimismo, el índice de prevalencia de métodos anticonceptivos —instrumento fundamental para lograr tanto el número de hijos como el espaciamiento de los mismos— muestra una clara asociación con el nivel educativo de las mujeres. No obstante, las diferencias que se aprecian en los países desarrollados no son de la envergadura de las que se observan en los menos desarrollados, ya que si bien varía el tamaño de la descendencia final entre mujeres con diferente nivel educativo dentro de cada país, tales diferencias, usualmente, son de menos de un hijo (United Nations, 2003b) ⁵.

3. España en el contexto europeo

Como ya se ha podido apreciar, Europa es el único continente que, aunque ligeramente, reducirá su volumen de población de aquí al 2025, pero sus pérdidas

serán más importantes en términos relativos. Dentro del suelo europeo, el Norte es el área en la que se espera el incremento de más entidad (6,3 por 100), ya que el Sur y el Oeste registrarán crecimientos ligeramente por encima del 1 por 100, mientras que en el Este se reducirá la población un 5,3 por 100, siendo el que, con el contingente más voluminoso, marca la pauta del conjunto.

Una vez más, esta evolución viene determinada principalmente por la combinación de la mortalidad y la fecundidad. En el Cuadro 3 se aprecia que la esperanza de vida de los europeos está en torno a 75 años para los hombres y suele sobrepasar los 80 para las mujeres, excepto en los países del Este donde las cifras son 63 y 74 años respectivamente. Esto tiene que ver con la tasa de mortalidad infantil que padecen estas poblaciones, que multiplica por dos y hasta por tres la del resto de las áreas: 13 por 1.000 frente a valores alrededor del 5 por 1.000. La tasa de mortalidad infantil tiene gran repercusión sobre la esperanza de vida, pero en el caso de Europa del Este, a dicho factor cabe añadir otros de índole económica, tales como la menor renta per cápita de la que disfrutaban sus habitantes en relación al resto, lo que significa menor tasa de desarrollo y, por ello, peores condiciones de los sistemas de salud y bienestar. Además, presenta la tasa más elevada de incidencia del SIDA, si bien en este caso las diferencias no son acentuadas. Pero no sólo son los niveles más elevados de la mortalidad sino que, asimismo, registra la tasa de fecundidad más baja de todas las áreas aquí consideradas: 1,2 hijos por mujer, seguida muy de cerca por el Sur, con 1,3. Y éste es un factor claramente de los más influyentes, ya que como se puede observar en el resto, con similar esperanza de vida, el área que más crecerá —el Norte— tiene la tasa más elevada de fecundidad del Continente. Podría argumentarse que el Oeste, con igual tasa de fecundidad que el Norte crecerá menos, pero es que su estructura por edades es algo menos favorable y ha persistido en el pasado en bajas tasas de fecundidad durante más tiempo que el Norte, además de que su *timing* de inicio de la reducción y la posterior recuperación es distinto (Coleman, 1996) y, por tanto, a un horizonte del 2025, se refleja la distinta cronología del pasado.

⁵ Incluso cabe señalar que en algunos países desarrollados la relación no es monotónica, es decir, que si bien se aprecian diferencias en la descendencia final por nivel educativo, en ciertos casos la descendencia final de las mujeres con educación superior puede ser mayor que la de las que tienen estudios secundarios, aunque éstas prácticamente siempre tengan más hijos que las que sólo tienen estudios primarios.

CUADRO 3

INDICADORES DE LA POBLACIÓN EN EUROPA, 2003

	Población (en millones)		C.V. (%)	I.S.F. (3)	Esperanza de vida		Pobl. (%) 15-49 con SIDA (4)	Índice de prevalencia de anticonceptivos		Grupos de edad (%)	
	2003 (1)	2025 (2)			Hombres	Mujeres		Todos	Modernos	< 15	65+
Europa	727	722	-0,2	1,4	70	78	0,4	67	51	17	15
Norte	95	101	0,1	1,6	75	80	0,1	72	69	19	16
Oeste	185	187	0,1	1,6	75	82	0,2	75	n.d.	17	16
Este	301	285	-0,5	1,2	63	74	0,6	64	41	18	13
Sur	147	149	0,1	1,3	75	81	0,4	58	42	16	17
España	41,3	43,5	0,1	1,2	76	83	0,5	56	53	15	17

NOTAS:

(1) Se trata de estimaciones basadas en los últimos censos y a partir de datos oficiales nacionales.

(2) Proyecciones de United Nations o United States Census Bureau o Population Reference Bureau.

(3) La fecha de referencia es 2001 ó 2002.

(4) Finales de 2001.

 FUENTE: POPULATION REFERENCE BUREAU (2003), *World Population Data Sheet*.

Respecto al Sur, área que incluye a España, la evolución muestra que experimentará un moderado crecimiento (1,4 por 100) entre 2003 y 2025, aumentando ligeramente su peso en el total del Continente. Esta tendencia viene marcada por las pautas que se aprecian en Italia y España, ya que estos dos países agrupan respectivamente el 38,9 por 100 y el 28,1 por 100 de la población meridional de Europa en 2003. Les sigue Grecia, con el 7,5 por 100, Serbia-Montenegro con el 7,3 por 100 y Portugal con el 7,1 por 100. Entre 2003 y 2025, la importancia relativa de unos y otros no experimentará grandes variaciones, resultando únicamente digna de mención la de Grecia, que perderá población en cifras absolutas y medio punto en términos relativos.

Siendo la esperanza de vida ciertamente elevada en la práctica totalidad de los países con más peso en la población del Sur de Europa⁶, el exiguo crecimiento del área

viene determinado principalmente por los bajos niveles de la fecundidad, que se sitúa entre 1,2 y 1,3 en los países más grandes. En los más pequeños en cuanto a efectivos, se aprecian algunos —como Albania— donde el promedio de hijos por mujer alcanza los dos hijos, y en Macedonia 1,7, pero esto apenas tiene repercusión para el conjunto. Sólo Serbia, entre los de cierta entidad, registra una tasa de 1,7 hijos por mujer, pero a pesar de ello, su población se mantendrá estable al horizonte del 2025.

Los componentes de la población española

Analizando más detenidamente los parámetros de la población española, uno de los aspectos a resaltar es su crecimiento entre 2003 y 2025, pues pasará de 41,3 millones de habitantes a 43,5, lo que representa un incremento del 5,3 por 100 en el período y una tasa de crecimiento vegetativo del 0,1 por 100⁷. Además, gana-

⁶ La esperanza de vida de los varones está por encima de los 75 años, excepto en Albania, Bosnia, Croacia, Macedonia, Malta y Serbia-Montenegro, la mayoría de los cuales sufrieron la guerra en los años noventa y de ahí esa desfavorable situación, que, en menor medida, también ha dejado su huella en la población femenina.

⁷ Para todas las regiones del mundo, así como para los países en particular, se han utilizado las cifras que los organismos internacionales

rá peso en el conjunto de Europa (de ser el 5,7 por 100 del total europeo pasará al 6 por 100) y, más concretamente, dentro de Europa meridional también incrementará ligeramente su importancia cuantitativa.

Este crecimiento, no obstante, es el más raquítrico de la historia de la población española desde que se inicia el siglo XX, pues un aumento de la población de un 5,3 por 100 en un lapso de 22 años representa una tasa de crecimiento anual acumulativo del 0,24 por 100, menor incluso que el experimentado en el período intercensal que incluye la Guerra Civil (1930-1940), que fue del 0,95 por 100. Menor también que cualquiera de los incrementos intercensales entre 1981 y 1991, y entre éste y el censo del 2001, incrementos que muestran un inequívoco signo a la baja, con tasas de crecimiento anual del 0,44 por 100 y del 0,35 por 100 respectivamente.

Como se señala en las fuentes de datos manejadas, tanto para grandes regiones como incluso para los países, los movimientos migratorios se han tenido en cuenta en la medida de lo posible respecto a las previsiones de evolución de la población (Population Reference Bureau, 2003). *Los flujos migratorios* suelen ser uno de los componentes más escurridizos de las proyecciones, pues dependen de muchos factores en ambos países: en el de salida y en el de llegada. Dependen de la situación económica en general y de la situación del mercado de trabajo en particular, así como de la política de admisión en el país de recepción. Aunque la evolución de la economía no es de fácil previsión a medio o largo plazo, puede no serlo tan difícil a corto, mientras que la política migratoria de los países receptores cambia con mayor facilidad y, sobre todo, puede hacerlo de manera un tanto súbita. De

han estimado con las informaciones que los institutos de estadística de cada país les han proporcionado a partir de los últimos datos censales. Sin embargo, en el caso de España, otras cifras referidas a la población empadronada en enero de 2002 la cuantifican en 41,8 millones en lugar de los 41,3 que aquí se han manejado para mitad del 2003. Si esto es así, podría variar la población estimada en 2025, pero dado que se quería mantener la visión prospectiva y con la base de las cifras padronales no se dispone de proyección, se ha mantenido el análisis con las cifras resultantes de las estimaciones basadas en datos censales.

ahí, principalmente, la dificultad de proyectar flujos migratorios. No obstante, aunque al referirse a grandes áreas no se ha hecho hincapié en esta variable, pese a las dificultades prospectivas, el pasado reciente en materia de migraciones en España aconseja prestarle atención debido al drástico cambio experimentado.

Que España ha pasado de ser un país de emigración a un país de inmigración es una frase que, aún resultando reiterativa, refleja una realidad patente. Desde finales del siglo XIX y a lo largo de casi todo el XX, los españoles abandonaban el país en proporciones considerables (Instituto Nacional de Estadística, 2003a). Durante 1900-1910, de algo más de un millón de españoles que salieron del país en busca de mejor fortuna, el 78 por 100 tenía como principal destino América, pero también África recibía contingentes de consideración (19,8 por 100). El período con mayor volumen de emigrantes fue el de 1910-1920, en el cual el flujo de salida alcanzó 1.272.211 personas, con prácticamente los mismos destinos que en el decenio precedente. A partir de esos años, en las tres décadas siguientes se fueron reduciendo las salidas gradualmente, hasta cifrarse en torno a las 250.000 personas por década. A partir de 1950 vuelve a incrementarse la emigración, aunque sin alcanzar las cifras de la primera parte del siglo, ni en términos absolutos ni en relación al conjunto de la población total, pues el período 1960-1970, que fue el que registró el volumen más elevado de salidas, éstas se cifran en 918.149⁸. Los años sesenta marcan el cambio de destino de la emigración española, pues ya no es mayoritariamente América como lo había sido hasta 1960, sino que pasa a ser Europa.

A finales de los años setenta, los emigrantes españoles —que habían colaborado de manera tan activa en el despegue económico de Europa con su mano de obra en los países de destino, así como en el despegue de España, mediante las remesas que enviaban y a través del alivio que supuso su salida respecto a la presión sobre el

⁸ Estas cifras contabilizan la emigración asistida.

mercado de trabajo—, empezaron a retornar. Incluyendo los que volvieron de América fueron casi 557.000 los que regresaron entre 1980 y 2001, y si bien en los primeros años el grueso del contingente procedía de Europa, desde 1996 los que retornan de América han cobrado enorme importancia, llegando a sobrepasar numéricamente en el año 2000 a los retornados del Viejo Continente. Algo que tiene que ver, sin duda, con la situación económica y política de Latinoamérica —principal área de procedencia—, que pone en marcha factores de expulsión tanto para los españoles residentes en aquellos países como para los naturales de los mismos. Estos retornos se han intensificado en la década de los noventa respecto a la de los ochenta, con promedios anuales de entradas de 26.836 y 19.608 individuos respectivamente (Instituto Nacional de Estadística, 2003b).

Simultáneamente a la intensificación de los retornos de españoles se ha producido un aumento de la inmigración extranjera, que ha pasado de un flujo de 15.361 personas en 1993 a 16.686 en 1996, año en que se produce un salto de enorme importancia, que hace más que doblarse la cifra en 1997, continuando los aumentos de manera ininterrumpida hasta llegar a alcanzar los 443.085 en 2003 (Instituto Nacional de Estadística, 2003b). En el decenio 1993-2002, fueron casi 1,5 millones los extranjeros que llegaron a España. Si en lugar de observar flujos anuales, se observan los efectivos que arrojan los sucesivos recuentos, las cifras revelan el cambio ocurrido en toda su importancia. Si en los censos de 1981 y 1991, el número de extranjeros residentes en España oscilaba entre poco más de 230.000 y 350.000 —lo que significaba el 0,7 por 100 y el 0,9 por 100 del total de la población residiendo en el país—, los datos para 1996 muestran que en esa fecha ya se superaba el medio millón, en el año 2.000 se estaba cerca del millón y en el padrón de 1 de enero de 2.002 ya se alcanzaban 1.977.947, lo que representa el 4,73 por 100 de la población empadronada.

Las cifras de población extranjera de los últimos años muestran discrepancias, ya se considere el Censo de 2001, los sucesivos padrones y no digamos las cifras

del Ministerio del Interior respecto a los permisos de residencia. Los mayores desajustes se aprecian entre los extranjeros empadronados y los que figuran con permiso de residencia, pues estos últimos representan sólo el 56 por 100 de los empadronados en 2002 (Izquierdo Escribano y López de Lera, 2003). Ello significa que la inmigración en situación irregular alcanza cotas notables. Hasta hace poco tiempo también se apreciaban disparidades en relación a la población extranjera estimada y la empadronada, pero desde que para empadronarse no se exige el permiso de residencia y, por otra parte, el hecho de inscribirse en el padrón conlleva el acceso a la educación y a la sanidad como principales ventajas, la consecuencia es que han aflorado efectivos que anteriormente no se contabilizaban.

Así pues, el contingente de extranjeros llegados a España ha supuesto una aportación que permite que la baja tasa de crecimiento que se experimenta no tenga signo negativo. El crecimiento vegetativo de 1998, aunque positivo, es el más bajo de nuestra historia reciente, pues arroja un saldo de 4.682 personas. Ese año, los nacidos de madre extranjera fueron 15.368, por lo que de no haber sido por su contribución, el crecimiento natural habría sido de signo negativo. Parecidas observaciones pueden hacerse para 1997 e incluso para 1996, donde el saldo entre nacidos y fallecidos fue de 11.177, a los que la cifra de nacidos de madre extranjera aportó 11.832. Por tanto, desde 1996 es la población extranjera la que sostiene el crecimiento vegetativo y también el crecimiento total, gracias al aumento en los flujos migratorios que se viene produciendo desde dicha fecha.

Si bien describir lo ocurrido con las migraciones en los últimos años sólo tropieza con las dificultades inherentes a la calidad de las fuentes —determinada por las peculiaridades del fenómeno—, intentar una predicción acerca de la evolución de los flujos migratorios es mucho más arriesgada y, por supuesto, de dudosa fiabilidad. Al problema de tomar en consideración las variables económicas, que operan como factores de atracción y expulsión en el origen y el destino, se une la dimensión política acerca de los permisos que se está dispuesto a conceder —en función

de lo que sería socialmente asumible— y, por tanto, las trabas que se vayan a implementar. Los vientos que soplan en la mayor parte de los países de la Unión Europea van en la dirección de conceder menos permisos que en el pasado y controlar mucho más la entrada de los indocumentados. Así pues, la proyección acerca de estas políticas y de su eficacia se vuelve muy incierta. Lo que es menos incierto es el potencial que ya han aportado a la población (Puyol, 2001), aunque es evidente que el ritmo de llegada de los tres o cuatro últimos años resultaría muy difícil de mantener en el próximo decenio.

La *mortalidad* en España se ha venido reduciendo ininterrumpidamente en las últimas décadas (Gómez Redondo y Robles González, 2003) y las ganancias en esperanza de vida prosiguen, si bien a un ritmo más desacelerado, cosa habitual cuando se van alcanzando determinados niveles. En el contexto de Europa meridional, la esperanza de vida de las mujeres españolas es igual a la de las italianas (83 años), la más alta de los países con más volumen de población, y sólo es superada en un año por la de San Marino. En cuanto a la de los varones, también está entre las más elevadas (76 años), aunque en este caso, Italia junto con San Marino, superan en un año a España. Es de destacar que se aprecian diferencias de 10 años de esperanza de vida en algunos casos, pero como ya se apuntó, los países que tienen menores expectativas son los que, a su menor grado de desarrollo, añaden que han sufrido guerras recientemente. Acerca de la mortalidad caben pocas apreciaciones de carácter general en el caso de España, ya que los niveles que muestran los indicadores se inscriben en la tónica de los países europeos y, además, es una variable que, por su naturaleza, hay acuerdo unánime respecto a lo deseable de las mejoras que se experimentan.

La *tasa de fecundidad* en España es de las más bajas de todo el Sur, pero también de toda Europa e, incluso, casi del mundo, pues sólo Ucrania y Georgia —con 1,1 hijos por mujer— y Hong Kong y Macao, con 0,9, tienen menor fecundidad en 2003 que España y algunos otros países con los que comparte ese bajo índice

de 1,2. La reducción de la fecundidad en España hasta niveles por debajo del nivel de reemplazo comenzó un poco más tarde que en el resto de los países de Europa occidental, muchos de los cuales habían iniciado el descenso en la década de los sesenta. España, a mediados de los setenta aún tenía un índice de 2,78 hijos por mujer, pero a partir de ese momento inició un descenso de tal envergadura que ya a comienzos de los ochenta se situó por debajo de 2,1 o nivel de reemplazo. El descenso prosiguió durante aproximadamente dos décadas, iniciando a mediados de los noventa una estabilización con ligeras oscilaciones y un pequeño repunte en los años finales del siglo y primeros del siguiente, repunte al que ha colaborado la llegada de población extranjera con un aumento estimado de la tasa —superior en la cifra de nacidos— del 2,5 por 100 (Delgado y Zamora López, 2004).

Simultáneamente al descenso de la tasa de fecundidad, se produjo un retraso en la edad a la primera maternidad y a la maternidad en general. Esta tendencia se ha mantenido tanto en los años de descenso de la fecundidad como en los de estabilización o tímida recuperación. El retraso a la primera maternidad se cifra en 3,8 años entre 1975 y 2001, pues ha pasado de 25,3 a 29,1. En cuanto a la maternidad en general, para iguales fechas, ha pasado de 28,8 años a 30,8. Un aspecto destacable es que mientras en la primera fecha la diferencia entre la edad al nacimiento del primer hijo y la edad a los nacimientos en general era de 3,5 años, en 2001 es solamente de 1,7. Ello es consecuencia de que en el total de nacimientos los primeros hijos tienen una cuota considerablemente mayor en 2001 (54 por 100) que en 1975 (36 por 100), al tiempo que los hijos terceros o de orden superior, cuantitativamente han llegado a ser irrelevantes. Si bien la fecundidad ha descendido abruptamente cualquiera que sea el orden de nacimiento que se considere, la tasa de terceros hijos ha disminuido casi el 80 por 100 y los de orden superior a tres más del 90 por 100. Por otro lado, la tímida recuperación posterior a 1995 es debida casi en exclusividad a la tasa de primer orden, por lo que se trata de

una incorporación a la maternidad de mujeres que previamente no habían tenido hijos ⁹.

Se considera que el retraso del calendario ha sido responsable de una parte del descenso de la fecundidad coyuntural, tanto en España como en otros muchos países, pero que dicho descenso no resulta de tanta envergadura si se observa la descendencia final de las generaciones (Ortega y Kohler, 2001). Aunque es un término muy común en demografía, no es seguro que se pueda denominar retraso a buena parte de los nacimientos «perdidos» durante este proceso de declive de la fecundidad, ya que retraso es un término que implica aplazamiento, lo que significaría que si bien no se ha producido el fenómeno en un momento dado, se producirá más tarde. Y eso, precisamente, es lo que resulta dudoso, ya que razones de índole biológica primero, amén de otras tales como la no consecución de los objetivos que aconsejaron el aplazamiento, así como la acomodación a las circunstancias, pueden hacer que lo que se planificó como un retraso acabe siendo una situación irreversible, por lo que, finalmente, el retraso del calendario acaba siendo, en parte, una cuestión de intensidad.

Como ocurría a nivel agregado al considerar los países en general, en la baja fecundidad de las mujeres españolas también se aprecian diferencias en función del nivel educativo, tanto en la proporción de las que han sido madres como en el calendario de esa maternidad. El Cuadro 4 es de gran riqueza informativa acerca de lo ocurrido con las generaciones españolas más recientes, pues pueden observarse varias cosas: en primer lugar, que cualquiera que sea la categoría de estudios que se considere, conforme se suceden las generaciones, sea cual sea la edad a la que se observe, la proporción de mujeres que han sido madres desciende ininterrumpidamente, salvo a la edad de 20 años para las cohortes nacidas entre 1954-1963, en que hay variaciones en la

tendencia ¹⁰. Si se observan a los 25 años, el dato es espectacular, pues a esa edad, el 70,3 por 100 de mujeres con educación elemental de la cohorte 1949-1953 ya había sido madre, frente al 40,6 por 100 de la cohorte 1969-1973. Resultados en la misma línea se aprecian en el resto de los niveles educativos, así como en cualquier otra edad que se considere. Pero, aunque esta comparación a lo largo de cohortes sucesivas resulta muy interesante para verificar el descenso de la fecundidad y el envejecimiento del calendario ¹¹, lo más llamativo es la comparación intrageneracional, es decir, dentro de la misma cohorte teniendo en cuenta las diferencias según nivel de instrucción. Así, a los 25 años, para la cohorte más antigua observada, la proporción de mujeres con estudios elementales que ya había sido madre es del 70,3 por 100, mientras que es sólo del 44,4 por 100 para las que tienen estudios superiores. Si se toman los 30 años, los valores respectivos en la cohorte 1949-1953 son 90,4 por 100 y 72,1 por 100, y para las nacidas en 1964-1968 —la más reciente de las cohortes que habían cumplido 30 años en el momento de la encuesta— la diferencia entre niveles educativo máximo y mínimo es de 43,6 puntos porcentuales.

Por último, si se observa lo ocurrido a los 40 años, punto a partir del cual la fecundidad añadida es prácticamente nula, se aprecia que la proporción de mujeres que han experimentado la maternidad desciende a lo largo de cohortes sucesivas y de manera general en todos los niveles educativos, por lo que puede hablarse de un claro descenso en la intensidad. Pero, sobre todo, lo que se aprecia es que, a los 40 años, dentro de las de nivel educativo menor, la proporción que ha sido madre

⁹ Para un análisis pormenorizado de la evolución de la fecundidad por rango y edad entre 1975 y 2000, véase DELGADO (2003).

¹⁰ Son las cohortes que protagonizaron el incremento de la fecundidad adolescente a lo largo de los setenta (DELGADO, 1994). Aunque es una tendencia que se aprecia en todos los niveles educativos, la cuantía del incremento resulta notable entre las que tienen sólo educación elemental respecto a las mujeres con niveles superiores, mostrando, una vez más, cómo la educación es un factor que protege mejor de circunstancias desfavorables, como es, en general, la maternidad adolescente.

¹¹ Para un análisis del conjunto de la cohorte, sin diferenciar por educación, véase DELGADO (2004).

CUADRO 4

PROPORCIÓN DE MUJERES EN CADA COHORTE QUE, A EDADES EXACTAS, YA HABÍA SIDO MADRE, SEGÚN NIVEL EDUCATIVO

Cohorte de nacimiento	Edad (años)	Edades exactas															(N)
		20			25			30			35			40			
		Elem.	Sec.	Sup.	Elem.	Sec.	Sup.	Elem.	Sec.	Sup.	Elem.	Sec.	Sup.	Elem.	Sec.	Sup.	
1949-53	45-49	12,0	4,9	4,7	70,3	54,4	44,4	90,4	84,5	72,1	93,9	89,9	84,3	95,2	91,6	85,1	1.225.871
1954-58	40-44	15,9	9,6	4,9	71,9	57,7	34,2	87,2	82,4	62,5	91,7	90,4	72,0	93,4	91,1	75,8	1.345.965
1959-63	35-39	27,0	8,1	6,4	65,9	38,4	15,6	87,3	65,8	49,5	92,2	82,5	75,7				1.488.493
1964-68	30-34	21,7	8,3	2,3	53,3	29,7	8,3	81,3	61,8	37,7							1.591.497
1969-73	25-29	15,4	2,3	0,0	40,6	14,0	1,8										1.613.728
1974-78	20-24	7,4	0,6	0,8													1.561.010

FUENTE: INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA, *Encuesta de Fecundidad 1999* y elaboración propia.

sólo desciende 1,8 puntos entre las dos cohortes observadas: desde el 95,2 por 100 al 93,4 por 100, mientras que entre las de nivel educativo superior la reducción es de 10 puntos porcentuales.

A la conclusión que llevan los datos anteriores es que se aprecia un retraso de la maternidad, generalizado en todos los niveles educativos, más intenso cuanto mayor sea el nivel de estudios. Sin embargo, respecto a la intensidad o proporción que acaba teniendo hijos, el descenso es muy moderado entre las que tienen estudios elementales, algo mayor entre las que tienen un nivel medio, y notable entre las que tienen estudios superiores, las cuales, para la última generación observada a los 40 años, sólo han sido madres tres cuartas partes de ellas, frente a proporciones superiores al 90 por 100 en los otros dos grupos de estudios. Puede decirse, pues, que el descenso en la descendencia final de las españolas lo protagonizan las mujeres con estudios superiores, que retrasan sus hijos, pero al final no experimentan la recuperación que, en alguna medida, logran sus coetáneas con menos estudios. Esto tiene enorme trascendencia respecto a la evolución futura, ya que de proseguir este comportamiento, dado que entre las cohortes más jóvenes se observan mayores proporciones con

estudios superiores, no cabe esperar recuperaciones muy sustantivas de esos llamados retrasos de calendario. Por tanto, retraso en el sentido restrictivo de aplazamiento, cabe atribuirlo principalmente a las mujeres con menor nivel educativo, así como a las que han cursado educación secundaria, pero mucho menos a las que tienen estudios superiores, entre las que una buena parte del «retraso» se convierte en infertilidad definitiva.

4. Las razones subyacentes a la evolución demográfica

Para las explicaciones de los fenómenos demográficos se suele tener que recurrir a otros ámbitos, donde se encuentra la causa remota o más profunda. Los fenómenos demográficos se producen en una sociedad con unas condiciones determinadas y éstas pautan la evolución. El contexto socioeconómico influye sobre la demografía en todos sus aspectos, pues de la evolución económica dependen las condiciones de vida, el desarrollo del sistema de salud, la mayor o menor protección social que reciben los ciudadanos y una serie de muy variados factores que afectan al nivel de la fecundidad, la mortalidad y también a las migraciones. Si bien se están

produciendo corrientes migratorias que modifican el volumen y la estructura, el impacto que pueden tener —por las dificultades de asumir grandes contingentes de población extranjera— no es de la trascendencia de la huella que dejan los comportamientos de la población natural del país, los cuales con sus niveles de mortalidad y sus pautas reproductivas condicionan el crecimiento y la «forma» de la pirámide poblacional. Por tanto, la variable más determinante del crecimiento de la población es la fecundidad, principalmente en las sociedades más avanzadas, que se encuentran en una fase postransicional. Pero sobre la fecundidad inciden más cosas que las estrictas o más directamente ligadas al crecimiento económico, pues las decisiones acerca de tener hijos, el número de ellos y el momento en que se quieren tener, forma parte de todo un sistema de preferencias que determina el estilo de vida, principalmente en las sociedades avanzadas, donde la planificación de la familia es un objetivo de fácil consecución, dado que se dispone de información y acceso a los métodos de planificación familiar.

El proceso que precede a la llegada de un hijo, salvo casos aislados, comienza con la formación de la pareja, constituyendo la unión bien sea de forma convencional o por la vía del matrimonio. Antes, o simultáneamente a la formación de la pareja, el individuo ha abandonado su hogar de origen para constituir ese nuevo hogar. La formación de la pareja no significa que de inmediato se vaya a tener un hijo, pues ésta es una decisión que se puede querer aplazar por razones muy variadas, desde no desear hijos en ningún caso, hasta desear tenerlos pero sólo cuando las condiciones económicas u organizativas de la familia sean las adecuadas desde el punto de vista de quienes toman la decisión.

Este esquema de transiciones en el curso de vida de las personas tiene calendarios muy diferentes en unas y otras sociedades, determinados en gran medida por las condiciones socioeconómicas, en sentido amplio. Ciñéndose sólo a algunos países de nuestro entorno cultural, se aprecian variedad de comportamientos en los tiempos en que tienen lugar esos pasos sucesivos en la

formación de la familia. El caso concreto de España, junto con Italia, muestra cómo estos dos países tienen el calendario más retrasado de toda la Unión Europea respecto a la transición a la vida adulta, entendiendo ésta como la emancipación primero y la formación y consolidación de la familia después (Martin Corijn y Klizing, 2003). Así, por ejemplo, muestran la edad mediana más elevada tanto en cuanto a abandonar el hogar de origen como a la primera unión, con diferencias tan sustantivas como los 4,8 años de retraso que se aprecian entre las españolas y las suecas pertenecientes a la cohorte 1961-1965 respecto a la emancipación (Billari y Wilson, 2001).

Esas diferencias que se aprecian son muy similares a las que se perciben manejando otro tipo de indicadores. Por ejemplo, si se observa la tasa de desempleo que afecta a los jóvenes entre 15 y 29 años, España e Italia acusan los valores más elevados dentro de los 15 Estados que forman la Unión Europea, con diferencias más acusadas entre las mujeres que entre los hombres (European Comisión, 2002). A ello hay que añadir la precariedad laboral que aqueja al mercado de trabajo, especialmente en estas edades. Esto representa un formidable obstáculo para la emancipación y la formación de la familia.

Pero otro obstáculo de no menos envergadura, al menos en el caso español, es la dificultad de acceso a la vivienda por el elevado precio de la misma, consecuencia de la ininterrumpida tendencia al alza de los últimos años (Trilla, 2001; Leal, 2002), que ha llevado a que instancias como el Consejo Económico y Social (2002) hayan alertado respecto a su carestía y a las consecuencias que de ello se derivan, dificultando la formación de nuevas parejas. Recientemente, también el Banco de España, el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional han llamado la atención sobre los riesgos del endeudamiento de las familias españolas a causa de la vivienda, llegándose a hablar en algún caso de «burbuja inmobiliaria». Todo esto es preocupante desde el punto de vista de los riesgos del sistema financiero, así como desde el punto de vista de las familias, ya que

se constata que el esfuerzo necesario para acceder a una vivienda ha aumentado vertiginosamente en los últimos años ¹². De esto se deriva que, además de forzar el retraso en la emancipación y formación de la familia, cuando esto tiene lugar, resulta obligado contar con dos perceptores de ingresos para poder afrontar los costes de la vivienda, lo que supone que ambos miembros de la pareja suelen trabajar a tiempo completo, y éste es otro factor que incide sobre la fecundidad tanto por el coste añadido en términos monetarios que supone la llegada de un hijo, como por los costes en tiempo y las dificultades organizativas de la pareja para conseguir compaginar su actividad laboral y la crianza de los hijos. Las ayudas para paliar estas dificultades en España e Italia son escasas —cuando no inexistentes— respecto a los países nórdicos o a Francia (Esping-Andersen, 1993; Alberdi, 1997; Golini, 1999; Garde, 2000; Iglesias de Ussel y Meil, 2001; Flaquer, 2003; Meil Landwerlin, 2003). Una vez más, los datos de la European Comisión (2002) muestran que el gasto social dedicado a familia e hijos, medido como proporción del PIB, es, como promedio entre los Quince, del 2,35 por 100, mientras que en España e Italia —los que menos dedican a este apartado— las cifras correspondientes son el 0,42 por 100 y el 0,94 por 100 respectivamente. Los países nórdicos superan el 3 por 100, y algunas de las medidas a las que se destina parte de ese gasto social son las que hicieron posible la recuperación de las tasas de fecundidad y, concretamente, el aumento de los terceros hijos, en opinión de algunos autores. (Andersson, 1999; Hoem y Hoem, 1999; Hoem, 2000).

Por tanto, los indicadores económicos y sociales muestran las dificultades objetivas con las que se encuentran los jóvenes en España para emanciparse del hogar de origen: empleo precario en muchos casos —cuando no desempleo— y vivienda. Y la emancipa-

ción es el paso previo para la familia y la reproducción. Aun así, aunque con retraso —lo que significa acortamiento de la vida en pareja— aquellos que forman una familia, encuentran que la protección social que reciben no atenúa los esfuerzos individuales que exige la crianza de los hijos.

Todo lo anterior se manifiesta en el déficit de hijos que se observa en la población española ¹³. Aunque más acusado entre las mujeres con estudios superiores, en todos los niveles educativos se aprecia un déficit entre los hijos que se desean y los que se tienen. Esta situación, no hay duda de que resulta frustrante para los individuos, además de negativa socialmente en muchos aspectos, siendo uno de los más importantes el económico, pues ya se nos está alertando del riesgo que corren los sistemas de seguridad social en años venideros, cuando el número de perceptores de pensiones resulte desequilibrado respecto al de cotizantes. Pero a pesar de esas alertas, poco o nada se ha hecho para remediar las causas que originan la tendencia de la población española hacia bajas o negativas tasas de crecimiento vegetativo —otra cosa es el crecimiento observado, al que la inmigración ha dado algún aliento— ¹⁴, determinadas en primer término por la baja fecundidad, entre cuyos determinantes ya viene siendo recurrente citar los factores que impiden la formación de la familia como uno de los más importantes (Delgado, 2000; Baizán *et al.*, 2001). Parece oportuno recordar aquí que «no se puede

¹² Se aprecia que en 1998 el precio de una vivienda media equivalía a 5 veces el salario bruto medio de dicho año, mientras que en 2002 esta relación se ha incrementado hasta 7,5 veces (CONSEJO ECONÓMICO Y SOCIAL, 2003).

¹³ Las encuestas tanto del Centro de Investigaciones Sociológicas (1995) monográficas sobre familia y fecundidad, así como las de carácter general (consultar Banco de Datos), al igual que las sucesivas sobre fecundidad del INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA (1987, 1999), muestran la distancia entre el número de hijos deseado (bastante homogéneo entre la población) y el número de hijos tenido.

¹⁴ La inmigración extranjera ha supuesto una aportación de efectivos que se traduce en una contribución al volumen de nacidos, que va desde poco más del 3 por 100 en 1996 a cifras en torno al 10 por 100 para 2002, con datos provisionales. No obstante, no es la fecundidad de las extranjeras la que podría contrarrestar la baja fecundidad de las españolas, pues para ello sería necesario un volumen de entradas difícilmente asumibles tanto socialmente como desde el punto de vista del mercado de trabajo. Para una simulación de los efectivos necesarios, véase DELGADO y ZAMORA LÓPEZ (2004).

decir que una sociedad sea próspera si sus ciudadanos no se sienten capaces de trabajar y criar a sus hijos, y hacer bien ambas cosas» (Clinton, 2003:11). Habría que añadir que la dificultad mayor parece estribar en hacerlas simultáneamente.

5. Conclusiones

Al comienzo de la transición demográfica, la evolución de la población parecía estar estrechamente ligada al desarrollo económico y al grado de modernización alcanzado. «La transformación de los regímenes demográficos desde altas a bajas tasas de mortalidad y natalidad —la transición demográfica— puede ser añadida a la lista de los cambios estructurales que constituyen el desarrollo» (McNicoll, 2003:3). En esa lista hay que enumerar un amplio catálogo de transformaciones, como son el paso desde una economía de subsistencia a una economía industrial, la urbanización, el aumento sostenido de la productividad y la renta, aumento de la educación, mejoras en la salud, por citar las más relevantes. Tanto en las sociedades avanzadas, cuando experimentaron esas transformaciones, como en las que se ven ahora inmersas en ese proceso, se pueden apreciar las relaciones enunciadas al hablar de crecimiento de la población y desarrollo económico ¹⁵. Sin embargo, la experiencia vivida por los hoy llamados países desarrollados, muestra que, una vez completada la transición demográfica, cuando ya la variable más determinante del crecimiento es la fecundidad, los factores asociados al crecimiento o, mejor, al nivel de la fecundidad, son diferentes y, sobre todo, menos comunes que en etapas precedentes. Las razones son muy variadas, diferentes en su preponderancia entre unos y otros países, pero al servicio de ellas, sean cuales

sean, se ha puesto un instrumento de poderosa eficacia a partir de la segunda mitad del siglo XX: la eficacia de la anticoncepción ¹⁶. Esto ha permitido que se pueda planificar con un alto grado de ajuste la dimensión final de la familia y el espaciamiento de los hijos. Entonces, si esto es perfectamente planificable, cobran gran sentido las motivaciones o razones para decidir tener o no tener un hijo, y tales razones se plasman en comportamientos fácilmente detectables.

La mayor parte de nuestra vida constituye una elección: desde algunas muy simples, como voy o no al cine, hasta las de mayor trascendencia, como tengo un hijo o no lo tengo. Las más simples suelen tener una fácil resolución y la decisión es prácticamente libre, pero en otras —como la del hijo— no siempre la decisión se toma en estricta libertad y acorde a los verdaderos deseos del que decide. Un hijo puede ser muy deseado, porque colma determinadas apetencias, pero un cálculo de los costes que supone puede hacer desistir de él. Sesudos economistas desarrollaron elegantes y atractivas teorías sobre la fecundidad, donde se trataba de explicar el número de hijos en función de la renta, considerando los hijos como un bien en competencia con otros bienes (Becker, 1980, 1987; Leibenstein, 1981; Robinson, 1987, 1997). Una persona que, en determinadas sociedades en nuestros días se pusiera a calcular esos costes, podría preguntarse si le compensa tener un hijo y privarse de otros bienes alternativos. Pero, ¿se nos ha ocurrido pensar que para un cierto número de personas los hijos se han convertido en un bien tan caro que no pueden plantearse acceder a él? Esto, que puede parecer un tanto exagerado respecto a tener el primero —o por lo menos afectar a una proporción menor de personas— puede ser mucho más común respecto a tener un segundo o posteriores. Y no hace falta insistir sobre las consecuencias para el futuro de una

¹⁵ Esta afirmación, un tanto genérica, no debe hacer olvidar que la transición demográfica distó mucho de ser homogénea entre países con iguales grados de desarrollo, así como diferentes fueron la secuencia del declive de la mortalidad y la fecundidad y el resto de las transformaciones sociales. Pero con una perspectiva de largo plazo, las afirmaciones siguen siendo pertinentes.

¹⁶ La novedad de la segunda mitad del siglo XX es la eficacia, ya que los métodos anticonceptivos han sido utilizados desde muy antiguo por la población para controlar el crecimiento, incluso con cierta efectividad a nivel agregado pese a lo rudimentario de los mismos (SANTOW, 1995; VAN DE WALLE, 2000).

población entre tener un hijo solamente o tener dos. Además de lo anterior, hay pasos previos —como ya se ha dicho— que están afectando a la posibilidad del hijo, tales como el empleo y la vivienda, también ligados entre sí. Por eso, ante ese conjunto de dificultades, ¿no se está encareciendo exageradamente la reproducción a través de diferentes vías?

En algunos países, los poderes públicos tratan de paliar ese encarecimiento que el mercado ha propiciado y eso constituye una de las dimensiones de las políticas públicas. Incluso han puesto en práctica estrategias para no discriminar «de forma tan eficiente al sector reproductivo» (Garrido, 1996:239). Pero los recursos son finitos y, sobre todo, las prioridades diferentes. Eso explica gran parte de las diferencias que se aprecian en materia de fecundidad en países convergentes en otros aspectos. Así pues, hay una convergencia entre hombres y mujeres, así como entre países respecto a prolongar la educación y el comienzo del trabajo, pero no en cuanto a eventos como unión, matrimonio, hijos, etcétera, entre unos y otros países (Corijn y Klijzing, 2001). Y esta ausencia de convergencia en estas materias se debe a dos factores: 1) la diversidad de situaciones respecto a la posibilidad de emancipación de los jóvenes, determinada por el acceso al empleo —también a la calidad del mismo— y a la vivienda, que afecta a la formación de la familia, y 2) la diversidad de políticas de ayuda a la familia, que afectan a las familias ya constituidas influyendo sobre su consolidación y desarrollo. En este último epígrafe han de contabilizarse tanto las ayudas directas o monetarias, como las indirectas, así como las disposiciones legislativas que permitan de manera efectiva la conciliación del trabajo y el cuidado de los hijos.

Éstas son las realidades que están detrás del diferente devenir de los indicadores de fecundidad en los países desarrollados, inmersos por completo en las etapas más tardías de la transición demográfica. En el resto —la mayor porción de la población mundial—, las razones son diferentes, destacando el grado de desarrollo alcanzado sobre todas las variables que condicionan el

curso demográfico. Y, finalmente, las disparidades que se aprecian entre uno y otro grupo —desarrollados y subdesarrollados— obedecen a las desigualdades propias entre ricos y pobres, que constituyen la causa última de muchos de los problemas de población: de su crecimiento, de su distribución, y, en suma, del bienestar de sus gentes, es decir, de su vida y su muerte.

Referencias bibliográficas

- [1] ALBERDI, I. (1997): «La familia. Convergencia y divergencia de los modelos familiares españoles en el entorno europeo», *Política y sociedad*, 26, páginas 73-94.
- [2] ANDERSSON, G. (1999): «Childbearing Trends in Sweden 1961-1997», *European Journal of Populations*, 15, páginas 1-24.
- [3] ARANGO, J. (1980): «La teoría de la transición demográfica y la experiencia histórica», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 10, páginas 169-198.
- [4] BAIZÁN, P. (2001): «Transition to Adulthood in Spain», en M. CORIJN y E. KLIJZING (eds.), *Transitions to Adulthood in Europe*, London, Kluwer Academic Publishers, páginas 379-312.
- [5] BECKER, G. (1980): «El enfoque económico del comportamiento humano», *Información Comercial Española. Revista de Economía*, enero, páginas 11-18.
- [6] BECKER, G. (1987): *Tratado sobre la familia*, Alianza Editorial, Madrid.
- [7] BILLARI, F. C. y WILSON, C. (2001): «Convergence Towards Diversity? Cohort Dynamics in the Transition to Adulthood in Contemporary Western Europe», *MPIDR Working Paper 2001-039*, Max Planck Institute for Demographic Research.
- [8] BONGAARTS, J. (2001): «The End of the Fertility Transition in the Developed World», *Serie Working Papers*, 152, Population Council, Nueva York.
- [9] BONGAARTS, J. (2003): «Completing the Fertility Transition in the Developing World: The Role of Educational Differences and Fertility Preferences», *Serie Working Papers*, 177, Population Council, Nueva York.
- [10] BONGAARTS, J. y BULATAO, R. A. (1999): «Completing the Demographic Transition», *Population and Development Review*, 25, 3, páginas 516-529.
- [11] CENTRO DE INVESTIGACIONES SOCIOLÓGICAS (1995): *Encuesta de Fecundidad y familia (FFS/ONU)*, Estudios 2121 y 2182 (Muestra de varones y de mujeres, respectivamente), Banco de Datos.
- [12] CIPOLLA, C. (1978): *Historia económica de la población mundial*, Barcelona, Ed. Crítica.

- [13] CLINTON, B. (2003): «Cómo propiciar el retorno de los demócratas», *El País*, 19 de julio, páginas 10-11.
- [14] COALE, A. J. y WATKINS, S. C. (eds.): (1986), *The Decline of Fertility in Europe*, Princeton University Press, Princeton.
- [15] COLEMAN, D. (1996): «New Patterns and Trends in European Fertility: International and Sub-National Comparisons», en D. COLEMAN (ed.) *Europe's Populations in the 1990s*, Oxford University Press, Oxford.
- [16] CONSEJO ECONÓMICO Y SOCIAL (2002): *La emancipación de los jóvenes y la situación de la vivienda en España*, Colección Informes, Informe 3/2002, Madrid.
- [17] CONSEJO ECONÓMICO Y SOCIAL (2003): *España 2002. Memoria sobre la situación socioeconómica y laboral*, Madrid.
- [18] CORIJN, M. y KLIJZING, E. (2001): «Transitions to Adulthood in Europe: Conclusions and Discussion», en M. CORIJN y E. KLIJZING (eds.), *Transitions to Adulthood in Europe*, Kluwer Academic Publishers, Londres, páginas 313-340.
- [19] DELGADO, M. (1994): *La fecundidad de las adolescentes*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- [20] DELGADO, M. (2000): «Los componentes de la fecundidad: su impacto en la reducción del promedio de hijos por mujer en España», *Economistas*, 86, páginas 23-34.
- [21] DELGADO, M. (2003): «La fecundidad en España a fines del siglo XX», *Sistema*, 175-176, páginas 51-66.
- [22] DELGADO, M. y ZAMORA LÓPEZ, F. (2003): «Españolas y extranjeras: su aportación a la fecundidad en España», en *Economistas* (en prensa).
- [23] DÍEZ NICOLÁS, J. (1971): «La transición demográfica en España», *Revista de Estudios Sociales*, 1, Madrid, páginas 89-158.
- [24] ESPING-ANDERSEN, G. (1993): *Los tres mundos del Estado del bienestar*, Ed. Alfons el Magnànim, Valencia.
- [25] EUROPEAN COMMISSION (2002): *The Social Situation in the European Union*, European Commission, Luxemburgo.
- [26] FEDERICI, N.; MASON, K. O. y SOGNER, S. (eds.) (1993): *Women's Position and Demographic Change*, Oxford University Press, Oxford.
- [27] FLAQUER, L. (2003): «Familia y Estado de bienestar en la Europa del sur», *Arbor* CLXXIV, 685, páginas 195-220.
- [28] FONDO DE POBLACIÓN DE NACIONES UNIDAS (2003): *Estado de la población mundial*, Nueva York.
- [29] GARDE, J. A. (2000): *Informe 2000. Políticas sociales y Estado de bienestar en España*, Madrid, Fundación Hogar del Empleado.
- [30] GARRIDO, L. (1996): «La Revolución Reproductiva» en C. CASTAÑO y S. PALACIOS (eds.), *Salud, Dinero y Amor: La calidad de vida de las mujeres españolas*, Madrid, Alianza Editorial, páginas 205-239.
- [31] GOLINI, A. (1999): «Levels and Trends of Fertility in Italy: Are they Desirable or Sustainable?», *Population Bulletin of the United Nations*, 40/41, páginas 247-265.
- [32] GÓMEZ REDONDO, R. y ROBLES GONZÁLEZ, E. (2003): «Contrastes, excepciones y frenos en las tendencias de la mortalidad mundial», *Sistema*, 175-176, páginas 113-139.
- [33] HOEM, B. (2000): «Entry into Motherhood in Sweden: The Influence of Economic Factors on the Rise and Fall in Fertility, 1986-1997», *Demographic Research*, volumen 2, 4, www.demographic-research.org
- [34] HOEM, B. y HOEM, J. M. (1999): «Fertility Trends in Sweden up to 1996», *Population Bulletin of United Nations*, 40/41, páginas 318-334.
- [35] IGLESIAS DE USSEL, J. y MEIL LANDWERLIN, G. (2001): *La política familiar en España*, Barcelona, Ariel.
- [36] INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA (1987): *Encuesta de fecundidad, 1985*, 2 tomos, Madrid.
- [37] INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA (1999): *Encuesta de Fecundidad 1999*, www.ine.es
- [38] INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA (2003a): *La sociedad española tras 25 años de Constitución*, www.ine.es
- [39] INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA (2003b): *Base de datos INEbase*, www.ine.es
- [40] IZQUIERDO ESCRIBANO, A. y LÓPEZ DE LERA, D. (2003): «El rastro demográfico de la inmigración en España: 1996-2002», *Papeles de Economía*, 97, páginas 1-26.
- [41] JEJEEBHOY, S.J. (1995): *Women's Education, Autonomy, and Reproductive Behaviour*, Clarendon Press, Oxford.
- [42] KIRK, D. (1996): «Demographic Transition Theory», *Population Studies*, volumen 50, 3, páginas 361-387.
- [43] LEAL, J. (2002): «Retraso de la emancipación juvenil y dificultad de acceso de los jóvenes a la vivienda», en CENTRO DE INVESTIGACIONES SOCIOLOGICAS (eds.), *La sociedad: teoría e investigación empírica: Estudios en homenaje a José Jiménez Blanco*, Madrid, páginas 249-264.
- [44] LEIBENSTEIN, H. (1981): «Economic Decision Theory and Human Fertility Behavior: A Speculative Essay», *Population and Development Review*, 7, 3, páginas 381-400.
- [45] LESTHAEGHE, R. (1983): «A Century of Demographic and Cultural Change in Western Europe: An Exploration of Underlying Dimensions», *Population and Development Review*, 9, 3, páginas 411-435.
- [46] LESTHAEGHE, R. y WILSON, C. (1986): «Modes of Production, Secularization, and the Pace of the Fertility Decline in Western Europe, 1970-1930» en COALE, A. J. y WATKINS, S. C. (eds.), *The Decline of Fertility in Europe*, Princeton, páginas 261-292.
- [47] LIVI BACCI, M. (1988): *Ensayo sobre la historia demográfica europea. Población y alimentación en Europa*, Barcelona, Ariel.

- [48] LIVI BACCI, M. (1990): *Historia mínima de la población mundial*, Barcelona, Ariel.
- [49] McKEOWN, T. (1978): *El crecimiento moderno de la población*, Barcelona, Antoni Bosch.
- [50] McNICOLL, G. (2003): «Population and Development: An Introductory View», *Serie Working Papers*, 174, Population Council, Nueva York.
- [51] MEIL LANDWERLIN, G. (2003): «Los desafíos al sistema de protección social derivados de la postmodernización de la familia», *Arbor CLXXIV*, 685, páginas 163-193.
- [52] ORTEGA J. A. y KOHLER, H. P. (2001): «Está cayendo realmente la fecundidad española. Separación de los efectos intensidad, calendario y varianza en el Índice Sintético de Fecundidad», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 96, páginas 95-122.
- [53] POPULATION INFORMATION PROGRAM (2002): «Espaciamiento de los nacimientos», *Population Reports*, Serie L, 13.
- [54] POPULATION REFERENCE BUREAU (2003): «World Population Data Sheet», en www.prb.org
- [55] PUYOL, R. (2001): *La inmigración en España. ¿Un problema o una necesidad?*, Discurso pronunciado en la toma de posesión como académico de la Real Academia de Doctores, Madrid.
- [56] ROBINSON, W. C. (1987): «The Time Cost of Children and Other Household Production», *Population Studies*, 41,2, páginas 313-323.
- [57] ROBINSON, W. C. (1997): «The Economic Theory of Fertility Over Three Decades», *Population Studies*, volumen 51, 1, páginas 63-74.
- [58] SANTOW, G. (1995): «Coitus Interruptus and the Control of Natural Fertility» *Population Studies*, 49, 1, páginas 19-43.
- [59] TRILLA, C. (2001): *La política de vivienda en una perspectiva europea comparada*, Fundación «la Caixa», Barcelona.
- [60] UNITED NATIONS (2003a): *World Population Prospects. The 2002 Revision*, ESA/P/WP 180, Nueva York.
- [61] UNITED NATIONS (2003b): *Population, Education and Development*, ST/ESA/SER.A/226, Nueva York.
- [62] VAN DE KÀA, D. J. (1987): «Europe's Second Demographic Transition», *Population Bulletin*, volumen 42, 1.
- [63] VAN DE WALLE, E. (2000): «Marvellous Secrets': Birth Control in European Short Fiction, 1150-1650», *Population Studies*, 54, páginas 321-330.